

“Ya no quedan sitios como los de antes. Lo que antes eran tascas, tabernas, cantinas, bodegas, ... se han travestido en maricones. Se han convertido en bares de diseño donde la cerveza se sirve en vasos con formas rocambolescas, los medios de fino se han cambiado por cocktails de difícil pronunciación y el plato de panchitos y aceitunas ha mutado a una tapa de “puturrú de fuá”.

“No. Ya no quedan cantinas en las que cobijarse. No quedan búnkeres que te ayuden a olvidarte de tantas y tantas gilipolleces como hay en el mundo.

“Ya no hay refugios en los que golpear con los nudillos sobre el mármol blanco y frío significaba “Buenas tardes, Manolo”. Lugares donde el mismo gesto, realizado esta vez con cara de más circunstancia significaba “Cóbrame, Manolo, que me voy a casa”.

“Ya no quedan lugares en los que jugar a dominó con los amigos sea seguro. No hay tabernas a las que ir a avisar a tu abuelo de que el arroz está servido. No hay lugares en los que hablar de política, fútbol o toros. Ya no hay tugurios en los que se puede disfrutar de un café mezclado con el humo de cigarros cómplices, y no con leche desnatada. Esos lugares ya no existen. No hay rincones alegres; mugrientos pero a la vez alegres, a los que ir en busca de la felicidad tras la cita del médico. No hay lugares en los que las servilletas de papel, arrugadas cual bola de fútbolín, se agolpan en el suelo, justo en la baldosa que hace rincón con la barra. No hay camareros que saben lo que toma sin necesidad de mirarte, sin quitar la mirada de la sempiterna máquina de café. Simplemente les bastaba escuchar el golpe de los nudillos con su cadencia diaria. Su “toc-toc” de bienvenida. Su “toc-toc” de despedida. Este último con sonido de monedas tintineando, tristes, sobre el mostrador.

“Ahora somos más guays. Somos europeos. Y preferimos un Martini Rosso a un medio de fino de Montilla. Y preferimos música que no entendemos al soniquete de una guitarra, al ruido de fondo de la televisión encendida, al sonido de la máquina de cafés calentando la leche.

“Ya no hay tabernas en las que ver pasar la mañana. Ahora hay clubs, algunos hasta con putos incluidos, en los que ver apagarse la noche. Ya no volvemos a casa haciendo eses por la calle tras beber con nuestros abuelos, con nuestros padres, con nuestros ancestros. Ahora preferimos matarnos con el coche.

“Y lo peor es que pensamos, que estamos convencidos, que vamos por el camino correcto.

“Soy muy raro. Muy raro. Y como raro que soy, seguiré buscando tabernas, tascas, lugares de mala muerte donde pedir un vino es sinónimo de pedir una mano, de pedir conversación y encontrarla. De pedir echar unas risas sin estar fuera de tono. Y lo haré porque me lo enseñaron así. Porque Casa Manolo, Bar Torrent y Casa Paco no podrán ser cambiados. No podrán convertirse en Soho, Frozen o Kymera.

*“Vale, tío, te entiendo perfectamente. Es tu hora de las reflexiones variadas, pero como no aprovechamos, se nos va a pasar la noche rápida y sin acercarnos a las dos rubias del fondo. Voy a la barra. ¿Bellini o Kir Royale?”*

*Fco Javier Muñoz Rodríguez*